

celsas virtudes. Hallándose en el carro declaró que una de sus compañeras de infortunio la había descubierto que estaba en cinta, cuya revelación fué el medio de que salvara esta desventurada su vida. Murió con la serenidad de un ángel, orando por los que habían decretado su muerte. La hermosura de sus formas y la jovialidad de su semblante escitaron conmiseración aun en los mas feroces revolucionarios que había entre los espectadores (1).

Custine, hijo del célebre general del mismo nombre, fué decapitado por haber, inadvertidamente, proferido

h Decapitacion del  
hijo de Custine Luk  
ter. Biron y Dietrich.

algunas palabras de adhesión hacia su padre; y Alejandro de Bucacharnais por haber faltado á levantar el sitio de Maguncia. Las cartas que dirigieron ambos á sus consortes la noche antes de su muerte, presentan rasgos de la mas patética elocuencia. El mariscal Luckner, á quien por tanto tiempo habían llamado los jacobinos el salvador de la Francia, el general Biron, cuyas apreciables cualidades le habían atraído, á pesar de la disolución de su carácter, las vehementes simpatías de cuantos con él se relacionaran, el general Lamartinière, cuya afortunada guerra de puestos había conservado cubierta por tanto tiempo la frontera septentrional de la Francia, y muchos otros militares distinguidos, fueron enviados al cadalso. Todos, en sus últimos momentos desplegaron igual heroísmo, pero no mayor que el

(1) Toul., IV. 344. Lac., XI, 423, 424.

que ostentaron muchos pacíficos ciudadanos, y muchas mugeres que morían en la flor de sus años, y que no estaban acostumbradas á contemplar de cerca el peligro. Dietrich, corregidor de Estrasburgo, y uno de los mas ardientes amantes de la libertad, escribió á su hijo la noche antes de su ejecución, "que si apreciaba su bendición jamás intentase vengar su muerte." Una víctima tan solo hubo que escitase la indignación de los espectadores, por los lastimeros gritos que lanzara desde el carro en el cual se la conducía; ésta fue la señora Du Barry, compañera de los infames placeres de Luis XV [1].

La Junta de Seguridad pública instaba constantemente á Fouquier Tinville, acusador público, á que acelerase las ejecuciones. Este último declaró por sus labios, en el proceso que posteriormente se le hizo, "que hubo vez en que aquellos jueces le mandasen que las aumentase al número de 150 por día, cuyo mandato en tal grado le horrorizó que al volver del Sena le pareció que se habían vuelto sangre sus aguas." La supuesta conspiración de los reclusos sirvió de pretexto para hacer subir á un número espantoso las víctimas. Denuncióse á 160 presos de los encerrados en la sala cárcel del Luxemburgo, y de ciento á doscientos de los que había en todas las demas cárceles de Paris. Cierta tentativa de fuga que se fingió querer hacerse en la cárcel denominada La Fuerza, sirvió de pretexto para mandar á muchos centenares de personas ante

[1] Lac II, 169.

el tribunal revolucionario. Habia dado Fouquier Tinville estension tal al salon donde se reunia aquel terrible tribunal, que habia en él la suficiente capacidad para que se pudiese juzgar á ciento sesenta personas á la vez, y propuso que haria comparecer de un golpe ante los jueces á todos los presos acusados de la conspiracion que se habia dicho tramada en el Luxemburgo. Llegó hasta el extremo de querer levantar una guillotina en el salon mismo del tribunal, á fin de que los presos fuesen muertos en el momento en que se les condenase; empero opúsose Collot d'Herbois manifestando que aquello seria "desmoralizar el castigo (1)."

(1) Th., VI, 363, 364. Lac., II, 161. Hist. de la Conv., III, 386, 388.

La situacion en que se hallaban los presos en estas cárceles de Paris, donde en los últimos dias se llegaron á ver reunidas mas de diez mil personas, era tan horrosa que no hay imaginacion que pueda concebirla. La descripcion que á continuacion presentamos está tomada de un testigo ocular de los horrores que se refieren. Quizá algunos de los pormenores que vamos á copiar lastimarán á la delicadeza de costumbres de nuestra época; empero exige la verdad histórica que se relaten. "De un cuarto interior que es donde se hacen los interrogatorios, se pasa por dos puertas enormes á los calabozos, que son unas habitaciones pestilentes y húmedas donde hay grandísimas ratas que hacen una guerra incesante á los desventurados presos que allí yacen acumulados, royéndoles las orejas, las narices, y el vestido, é impidiéndoles gozar por un momento de descanso y dormir. Casi nunca se ve penetrar la luz dentro de

El proceso de estas desventuradas víctimas fué tan breve como los que se hicieran á los que fueron inmolados durante las matanzas perpetradas en las cárceles. "¿Sabíais algo de la conspiracion que se estaba tramando en las cárceles, Dorival?" "No:" "Ya esperaba yo que tal habia de ser vuestra contestacion, pero de nada habrá de servir." En seguida pasaban á otro. "Sois ex-noble?" "Sí." Luego á otro. "No sois fraile?" "Sí, pero he prestado el juramento." "Nin-

aquellas tenebrosas moradas. La paja de que se componen las camas de los presos, en breve se pudre por la falta de aire y por las inmundicias y el escremento de que se cubre; y es tal la fetidez que esto ocasiona, que el que por la primera vez entra se siente á punto de sofocarse. Todos los presos se hallan encerrados, ó en lo que llaman pajares, ó en los calabozos; de suerte que la pobreza se califica aquí de un nuevo crimen y recibe el mas espantoso castigo, porque una dilatada permanencia en estas horribles mansiones es peor que la muerte misma. Los calabozos jamas se abren sino cuando se les pasa visita, cuando se da á los presos su alimento ó cuando se sacan las vasijas donde hacen las necesidades del cuerpo. La clase mejor de viviendas que son las que denominan pajares, no se diferencian de los calabozos sino en que los que las ocupan pueden estarse fuera de ellas hasta una hora antes de ponerse el sol. Durante el tiempo que trascurre desde que salen hasta que entran, déjaseles andar por el patio ó agruparse en los corredores que lo circundan, donde reina una fetidez que casi les sofoca. En los aposentos donde duermen se notan los mismos horrores: existe la misma falta de ventilacion, la misma paja podrida, y en

gun derecho teneis á hablar; guardad silencio.” “No érais arquitecto de Madama?” Sí, pero caí de su privanza en 1788.” “¿No teniais á vuestro suegro entre los presos del Luxemburgo?” “Sí.” Tales eran las preguntas que constituian el único proceso que se hiciese á estos numerosos acusados; no se hacia comparecer á testigo alguno, y sus sentencias se pronunciaban casi con la misma celeridad con que se proferian sus

ellos muchas veces hay cincuenta personas acumuladas que descansan sus cabezas sobre sus propias inmundicias y que se hallan rodeadas de pestilencia y corrupcion y todavía no eran estas repugnantes circunstancias las únicas por medio de las cuales se degradase á los desventurados presos. Nadie seria capaz de concebir á cuánto envilecimiento puede someterse á la especie humana, sin haber presenciado la lista que se pasaba por las noches á los reclusos. Tres ó cuatro carceleros, cada cual con media docena de perros de presa atados á una correa, iban llamando por sus nombres á los desventurados presos, injuriándoles y amenazándoles, al paso que estos se les mostraban sumisos, llorosos y suplicantes; muchas veces acontecia que les hiciesen volver á salir y entrar tres ó cuatro veces hasta quedar bien satisfechos de que aquel tímido rebaño estaba completo. Los calabozos de las mugeres eran tan horrosos como los de los hombres; igual oscuridad, suciedad é inmundicia habia en ellos; sentíase la misma sofocacion y se hallaban acumuladas en los propios términos las víctimas, y sin embargo veíase allí lo mas enconibrado de la sociedad de Paris y lo que existia de mas hermoso en aquella metrópoli.—Hist. de la Conv., VII, 333, 336.

nombres; la ley del 22 Prairial habia abolido la necesidad de entrar en averiguaciones cuando el tribunal se hallase convencido del delito por medio de presunciones morales. Pronunciaban el fallo de muerte contra centenares de individuos de un golpe, y no se tenia mas que hacer que formar de ellos una lista, imprimíanse éstas con la misma celeridad en un cuarto que habia contiguo al tribunal, y muchos millones de ejemplares circulábanse por todo Paris con el auxilio de bribonzuelos que iban gritando por las calles entre la llorosa y horrorizada muchedumbre: “¡Aquí están los nombres de los que han obtenido premios en la loteria de la sagrada guillotina!” Los acusados eran conducidos á la muerte al salir del tribunal, ó cuando mas tarde en la mañana del dia siguiente (1).

Desde que se promulgara la ley del 22 Prairial caian de 50 á 60 cabezas diarias. “Vamos bien así,” decia Fouquier Tinville, “pero debemos operar con mas celeridad en la década próxima; 450 es el menor número de ellos que entonces deberá segarse.” Para facilitar este enorme aumento enviáronse á las cárceles espías que hiciesen revelar á los desventurados reclusos sus secretos é indicasen al acusador público cuáles víctimas podian elejirse. Los infames que tal hacian fueron en breve el temor de los presos. Encerrábaseles como sospechosos pero no tardó en descubrirse la verdadera mision que llevaban

(1) Proceso de Fouquier Tinville. Th., VI, 366, 367.

al ver la insolencia con que se conducian, el tono que tomaban, las consideraciones que tenian para con ellos los carceleros y las orjías á que se entregaban con los agentes de la policía á las puertas de los calabozos.

Acaricáibanles y suplicáibanles los presos, y aun les daban las cortas cantidades de peculio que habian logrado guardar consigo, con tal que no inscribiesen sus nombres en las fatales listas; pero todo era en vano. Apuntaban los nombres de aquellos á quienes querian denunciar en una relacion que denominaban en las cárceles "El Diario nocturno" y eran conducidos al anocheecer, en los carros públicos á la Consergería, de donde se les hacia salir para que compareciesen ante el tribunal en la mañana del dia siguiente (1).

Cuando los desventurados reclusos oian el rumor de las ruedas de los carros que se enviaban para conducirlos, reinaba en las cárceles una mortal zozobra. Corrian en tropel á los portillos de los corredores, aplicaban el oido á los barrotes para oir la lista, y temblaban temiendo que profiriesen sus nombres los empleados que las leian. Aquellos que se oian nombrar abrazaban á sus compañeros de infortunio y les dirigian su última despedida; con frecuencia veíanse operarse las mas lastimosas reparaciones; á veces observábase á un padre arrancado de los brazos de su hijo, á veces á un esposo de los de

(1) Th., VI, 368, 369. Hist., de la Conv., III, 386, 388.

su inconsolable consorte. Los que sobrevivian tenian motivos para envidiar la suerte de aquellos que se encaminaban al antro de Fouquier Tinville; vueltos á sus calabozos quedaban sumergidos en una especie de inquietud peor que la muerte misma; hasta que á la misma hora de la siguiente noche el rumor de las ruedas de los carros renovaban la general inquietud de los presos. (1)

En tal grado se hallaban atormentados los ánimos de los presos por la zozobra que les poseia, que no solo comenzaron á tener en poco la vida, sino que aun deseaban con ansia la muerte. Aquellos de los ciudadanos que tenian motivos para temer que se les encarcelase, veian con una completa indiferencia las precauciones que hubieran podido tomar para salvarse; muchos que hasta entonces se habian escapado de ser presos, se entregaron por sí propios á sus perseguidores, ó esperaron en el camino real la primera partida de guardia nacional que por él pasase y les prendiese. La princesa de Monaco, brillante por su juventud y su hermosura, después de haber oido su sentencia declaró que se hallaba en cinta y logró que se suspendiese la ejecucion del fallo; pero la horrible idea de que iba á sobrevivir á seres á quienes amaba, produjo en su imaginacion tal angustia, que al dia siguiente se retractó, ante el tribunal, de lo que habia dicho, y murió con un he-

(1) Th., VI, 368, 369.

roismo sublime. La señora Lavergne, que habia concebido la esperanza de que por medio de sus ruegos conmoviera á los jueces en favor de su marido el Comandante de Longwy. Pero viendo que eran inútiles sus esfuerzos y que se habia pronunciado la sentencia, exclamó en alta voz *vive le Roi!* Todos los espectadores se revolviéron, y estremeciéronse al oír estas fatales palabras. *Vive le Roi!* volvió á exclamar con mayor energía; y oyendo que los que estaban á su lado decian que habia perdido el juicio, repitió las propias palabras con mas serenidad que antes, á fin de no dejar duda alguna sobre cuál era su intencion irrevocable. Consiguió al fin lo que deseaba, pues murió en union de su marido. Poco despues una hermana de éste se sirvió del mismo método para no sobrevivir á su hermano, y lo propio hizo una jóven que quiso seguir á la otra vida al objeto de su cariño. Presentáronse casos con frecuencia de sirvientes que insistiesen en seguir á sus amos á la cárcel, y que pereciesen con ellos en el cadalso. Muchas hijas se presentaron de rodillas ante los miembros de la Comision revolucionaria, pidiéndoles que las reuniesen á sus padres que estaban presos, y en el momento de juzgarse á estos tenia que condenarse á aquellas, aunque inocentes, por los mismos delitos. Los esfuerzos que hacian los jueces y el jurado para hacerles entender que no se hallaban en el mismo caso, eran inútiles y las lágrimas de los padres eran igualmente infructuosas; en aquellos patéticos

debates sobreponíase el afecto filial al amor paterno. Hubo cierta vez en que un padre y su hijo fueron encerrados juntos en el hospicio de San Lázaro; el último estaba acusado de complicidad en una de las inventadas conspiraciones de las cárceles; cuando se le llamó por su nombre, para que compareciese á ser juzgado, presentóse el padre y salvó la vida de su hijo recibiendo en su lugar la muerte. “¿Sabeis,” preguntó el presidente del tribunal revolucionario á Isabeau en los momentos de ser juzgado, “en presencia de quién estais?” “Sí,” contestó el intrépido jóven: estoy en un lugar donde en otros tiempos la virtud juzgaba al vicio y donde hoy el crimen es el que asesina la inocencia” [1].

Los tiranos descargaron su furia, con particular rigor, sobre aquellos individuos cuyos talentos ó nacimiento les elevaban por sobre el comun de la especie humana. El hijo de Buffon, la hija de Vernet, perecieron sin que se tuviese respeto alguno á los ilustres apellidos que tenian. Florian, el elocuente fabulista, en tal extremo se horrorizó de los horrores que presenciara durante su permanencia en la cárcel, que murió despues que la hora de libertad hubo sonado. Lavoisier fué muerto á la mitad de sus investigaciones químicas; en vano solicitó una próroga con el fin de llevar á su complemento un descu-

Muerte de Lavoisier, Roncher y otros.

(1) Lac., II, 164, 166.

brimiento científico. Casi todos los miembros de la academia francesa se encontraban encarcelados y esperando por momentos que se les condujese á la muerte. Roucher, apreciable poeta, envió, pocas horas antes de exhalar el postrer aliento, su retrato á sus hijos con estos patéticos versos:

"No os cause, hijos queridos, estrañeza  
En mi rostro ese tinte de tristeza;  
Cuando diestro pintor lo contemplaba  
Y con fidelidad lo delineaba,  
Presentes os tenía  
Y tambien el cadalso percibia."

Chenier, cuyos elocuentes escritos indicaban que habia de ser el futuro historiador de la revolucion, y Champfor, uno de sus primeros y mas ilustres defensores, fueron decapitados al mismo tiempo. Si el terrorismo hubiese durado unas cuantas semanas mas, habriase visto la Francia completamente despojada su nobleza de sus mas respetables miembros, y su literatura de sus mas elevados ingenios [1].

Pero los padecimientos humanos tienen un término; llega una hora en que la naturaleza indignada se subleva y en que la desesperacion engendra al esfuerzo. Con el transeurso del tiempo íbase acercando el dia de las venganzas. Mucho hacia que las prolongadas hileras de presos que eran conducidos al sacrificio escitaban la

(1) Lac., II, 164, 166.

comiseracion de las clases mas morigeradas de París; las tiendas de la calle de S. Honorato y las calzadas de esta veíanse desiertas cuando la triste comitiva pasaba marchando en direccion de la plaza de la Revolucion. Alarmada por estos síntomas de disgusto, la junta resolvió trasladar el patíbulo á otro punto y situólo en la puerta del Trono, en el arrabal de S. Antonio; pero hasta los artesanos de aquel barrio revolucionario se manifestaron descontentos de tener constantemente ante los ojos el mismo horroroso espectáculo. La clase media, que es la que constituye la fuerza de la guardia nacional de Paris, comenzó á alarmarse al ver la acelerada marcha que iban tomando las proscripciones y la condicion de las personas á quienes en ellas se complicaba. A los principios solo proscribióse á los nobles y miembros del clero, gradualmente habiase ido descendiendo á todos los propietarios rústicos y á la sazón ya la obra de destruccion iba llegando á cuantos ocupaban una esfera superior á la del populacho. En las listas que formara el tribunal revolucionario durante los últimos dias del terrorismo, figuraban sastres, zapateros, peluqueros, carniceros, labradores, artesanos y jornaleros á quienes se acusara de profesar principios antirevolucionarios. Del 10 de Junio al 17 de Julio habia sentenciado á muerte el enunciado tribunal 1.285 personas.

Dolióse el pueblo de estas proscripciones, no tanto por lo incesante de ellas cuanto porque ya estaban á punto de invadir hasta á los miem-

bro de su clase. Hubo al cabo de volver en sí cuando se hubo estinguido en él la fiebre revolucionaria. Insinuóse la humanidad en los pechos al verse aquella constante efusion de sangre despues de haber sido destruidos los enemigos de la revolucion. Abrigábanse en el seno de la asamblea los mismos sentimientos; la crítica situación que guardaba, la inducia á creer que sus miembros figurarian entre las primeras víctimas que se inmolasen, y la esperanza de salvarse hacía trabajar con ardor en la caída de sus tiranos. Pero estas manifestaciones del disgusto público no servian sino para inspirar á los opresores mas fuertes deseos de verter sangre. "Levantemos," decia Vadier, "un muro de cabezas entre el pueblo y nosotros." "El tribunal revolucionario," decia Billaud Varennes, "cree haber hecho mucho cuando corta setenta cabezas en un dia; pero el pueblo pronto se acostumbra á lo que con frecuencia contempla, y para inspirar terror necesitamos duplicar el número." "¡Cuán medrosos sois vosotros los de la capital!" decia Collot d'Herbois; "¿no pueden vuestros oídos soportar el estruendo de la artillería? Dais muestras de cobardía con asesinar á vuestros enemigos; debíais barrerlos con metralla." Los jueces del tribunal revolucionario, entre quienes habia muchos que habian estado en el presidio de Tolon, ocupábanse sin descanso en su obra de esterminio, y gozaban su implacable crueldad con burlas y chanzas indecentes que dirigian á la turba de presos que se hacia comparecer ante ellos. Un anciano que habia perdi-

do el uso de la voz, á consecuencia de una parálisis de que adolecia, no podia contestar al interrogatorio; viendo esto el presidente exclamó: "Dejad que no conteste; al fin su cabeza, y no su lengua, es la que necesitamos (1).

La supersticion, ó sea el terror que se apoderó de Robespierre, fué el primer pretesto de que se valieron sus contrarios para combinar un plan que debia destruir su prestigio. Los miembros de las diversas comisiones, inquietos por el riesgo que su seguridad personal corria, trabajaban secretamente en menoscabar su prestigio, cuando el fanatismo de una vieja llamada Catarina Theot vino á dar á sus temores mayor ensanche. Esta muger se proclamaba madre de Dios y anunciaba la próxima venida de un nuevo Mesías.

Un antiguo socio de Robespierre llamado Don Gerlo, era quien apoyaba este su embuste; uno y otro formaban nocturnas orgías en las cuales invocaban á Robespierre denominándole Sumo Pontífice. La junta de Seguridad pública, que estaba impuesta de todas sus operaciones, veía, ó fingia ver, en semejantes extravagancias, el desiguio de hacer á Robespierre cabeza de una nueva secta; que á la fuerza del poder político que ya tenia, agregase el pero del fervor religioso. La junta comisionó á Vadier para que se pusiese al tanto de estos misterios, y Vadier

Ventajas que presta la supersticion de Robespierre á sus enemigos, para perderle.

inquietos por el riesgo que su seguridad personal corria, trabajaban secretamente en menoscabar su prestigio, cuando el fanatismo

(1) Luc., XI, 53, 56. Th., VI, 370. Mig., II, 327.

presentó sobre el particular un dictámen en que se mofó de los fanáticos, pero en que al mismo tiempo los hizo aparecer como dignos de pena capital, y de consiguiente fueron encarcelados. Empeñóse Robespierre en salvarles, empero opusieronse sus colegas y contrapesaron su influencia; irritado de esto, abstúvose de concurrir á sus reuniones y limitóse al club de jacobinos donde su autoridad aun predominaba (1).

El tirano, que era por naturaleza receloso, comenzó á sentir inquietudes que llegaron desde luego al colmo. Comienza Robespierre á concebir temores. Situóse en su casa un cuerpo de jacobinos armados con pistolas, para guardarla, el cual en su mayoría constaba de los jurados que componian parte del tribunal revolucionario. Jamas salia si no era escoltado por su máléfica gavilla. Su mesa se veía cubierta siempre de cartas en que se le denominaba "el Enviado de Dios," "el Nuevo Mesías" "el Nuevo Orfeo." En su vivienda percibíase por todas partes su retrato, ora en mármol, ora en bronce, ora en lienzo, y al pié de cada cual versos en los cuales los poetas del jacobinismo le elevaban á las nubes representándole superior á Caton y Aristides. Pero todos sus esfuerzos y toda la adulacion de sus satélites, no bastaban para disipar el terror que se habia posesionado de su ánimo. Despues de su muerte encontróse en su papelera una carta que estaba concebida en estos térmi-

(1) Mig., II, 328. Lac., XI, 59, 61. Th., VI, 336, 337, 356, 357.

nos: "¡Aun existes, asesino de tu patria, hombre manchado con la sangre mas pura de Francia! Solo espero el dia en que suene la hora de tu caída. Si se frustrare mi esperanza, esta mano que escribe ahora tu sentencia,—esta mano que comprime con horror la tuya, te habrá de traspasar el corazon. Todos los dias estoy contigo; no hay hora en que mi levantado brazo no esté dispuesto á arrancarte la vida. Oh tú, el mas poderoso de los hombres, vive todavía unos cuantos dias para que padezcas el tormento del temor que te inspira mi venganza. Esta misma noche, al verte, me gozaré con tus terrores, pero en vano procurarán tus ojos percibir mi vengadora mano (1)."

Sus frenéticos partidarios insistian con el mayor empeño en que inmediatamente se adoptasen las mas vigorosas medidas. Henriot y Saint-Just urgen á que se tomen medidas enérgicas. Henriot y el corregidor

de Paris estaban dispuestos á dar principio á una nueva carnicería y tenian ya lista una cuadrilla de tres mil jóvenes asesinos para que se repitiese otra jornada igual á la del 2 de Setiembre; habíase ganado á Saint-Just y Couthon en la junta de seguridad pública, y podia contarse con Dumas y Coffinhal que eran presidente y vice presidente del tribunal revolucionario "Dañ golpes pronto y seguros," decia Saint-Just. "¡AUDACIA! hé ahí el único secreto de las revo-

(1) Mign., II, 328, XI, 63, 66.